

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

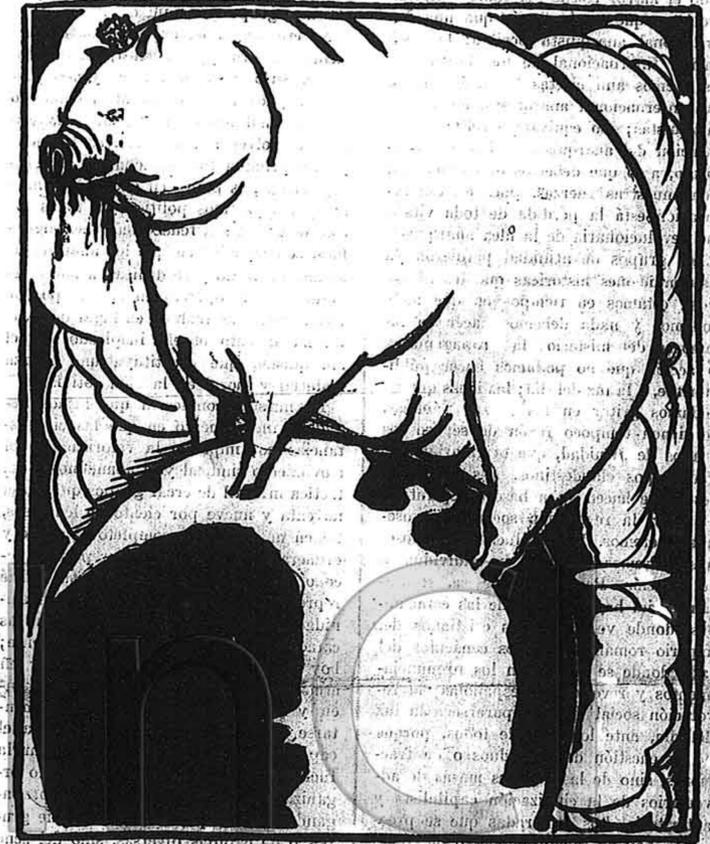
El anarquismo en los "grupos de afinidad"

Hablemos de Alemania primeramente: en este país existe una organización obrera, la F. A. U. D., antiautoritaria, que reconoce la finalidad anarquista, que da a conocer incesantemente la literatura anarquista, que propaga las ideas anarquistas y que no consiente en su seno la propaganda de otras ideas. Frente a esa F. A. U. D. existe una organización llamada Federación comunista anarquista de Alemania. La F. A. U. D. es una organización de base sindical, la Federación comunista anarquista se compone de "grupos de afinidad". Entre ambas corporaciones existe una cierta tirantez de relaciones; existen en la Federación anarquista comunista individuos cuyos nombres sólo suenan cuando salen a la superficie contra la F. A. U. D.; no se les conoce otra actividad. En conversaciones privadas y públicas, los miembros de la Federación Anarquista se eren con la misión de "orientar" la F. A. U. D. hacia "sus fines"; los miembros de la F. A. U. D. se indignan ante semejantes pretensiones, por la sencilla razón de que son conscientes de que la única propaganda anarquista sería que se hace en Alemania es la realizada por la F. A. U. D. y de que ésta es tan anarquista como la Federación anarquista. En vano buscaríamos una superioridad intelectual o de otra naturaleza en los miembros de una o de otra organización; todos son obreros, todos están inspirados por las mismas ideas; todos leen los mismos libros, los mismos periódicos, todos asisten a los mismos actos públicos, sean convocados por la F. A. U. D. o por la Federación anarquista. Sin embargo, los miembros de la Federación anarquista se eren llamados a orientar a los de la F. A. U. D. y no quieren ver la realidad, que haría más lógico lo contrario, una orientación de la Federación anarquista por la F. A. U. D. El caso de Alemania, es un caso internacional; en mayor o menor escala, podemos constatarlo en todos los países. El compañero que por una razón o por otra fue en uno de esos "grupos de afinidad", se siente automáticamente con la misión de "orientar" a los que militan en los sindicatos; no importa que sea todavía un escolar de catorce años o que ignore el A. B. C. del anarquismo; el hecho de pertenecer a un "grupo de afinidad", que puede ser en realidad un sello y algo de papel timbrado, le da derecho a orientar las masas...

Es cierto, el movimiento revolucionario se vio forzado a retirarse a los grupos de afinidad después de la Comuna de París, a consecuencia de la terrible reacción; ese era el único medio que quedaba para mantener alguna conexión entre las fuerzas libertarias; Kropotkin expuso la teoría del movimiento de grupos y así pasaron los años; los anarquistas se agostaron a la acción semi-clandestina y llegaron a desinteresarse en cierto modo de los movimientos populares; con el tiempo consideraron con menosprecio el ocuparse de inspirar la acción obrera re-

vindicadora de más altos salarios y de menos horas de trabajo; en algunos países, excelentes militantes llegaron a confundir el anarquismo con el terrorismo y cifraron sus más altos triunfos en hacer desaparecer policías odiosos o patronos malvados. Pero como los "grupos de afinidad" eran impotentes para satisfacer las aspiraciones revolucionarias de las masas obreras, surgió el sindicalismo, como una nueva doctrina; pero hay que decir que el sindicalismo como doctrina nació porque los anarquistas abandonaron su puesto en las filas del proletariado, de lo contrario no hubiera habido espacio para él. Sólo en algunos países quedaron los anarquistas en su puesto y en ellos la mayor parte de los camaradas no se aislan del movimiento obrero, sino que ligan su interés ideológico a ese ambiente; y es de esos países de donde debe surgir una renovación del anarquismo internacional.

Cuando en la Argentina se habla de la orientación revolucionaria en el sentido de la primera Internacional, se tiene implícitamente en cuenta el movimiento anarquista histórico; los grupos de afinidad son una manifestación resultante de un período de leyes de excepción y de persecuciones; antes de los grupos de afinidad existió un poderoso movimiento obrero revolucionario, que en los países latinos era de carácter anarquista; ese movimiento obrero reivindicaba la publicidad, no se mantenía en las catacumbas, sino que actuaba a la luz del día; si la reacción no lo hubiera deshecho, nos habríamos ahorrado el período transitorio de los grupos clandestinos o semi-clandestinos, que con el tiempo se creyeron los representantes únicos y patentados del anarquismo e inventaron la teoría de que el anarquismo es un movimiento de cultura, pura y exclusivamente, y de que el movimiento sindical es un movimiento económico. En el período de la primera Internacional esa división no hubiera sido comprendida, porque entonces no se conocía más que un anarquismo activo, organizador de las masas rebeldes, proselitista, cuyos intereses estaban encarnados en el movimiento revolucionario a que daban vida. El anarquismo ha sido históricamente una aplicación de las ideas de libertad al movimiento obrero; el anarquismo puro fue inventado primero por los individualistas y después aceptado en general por los "grupos de afinidad". Pero el movimiento obrero es movimiento económico, social, cultural, etc., a la vez; si ha sido degenerado en su significación por el reformismo o si es canalizado en un sentido autoritario por los partidos políticos, una gran parte de la culpa corresponde a los anarquistas que se han encerrado en las torres de marfil de los "grupos de afinidad" y proclamaron luego que el anarquismo es un movimiento cultural que debe mantenerse todo lo lejos posible de los sindicatos para evitar una desnaturalización de sus fines.



Los políticos encaramados sobre el mundo

Esas ideas fueron fatales y lo son aun; el que desconoce la significación del movimiento obrero en nombre del anarquismo o el que lo aprecia falsamente, menosprecia el campo de actividad más lógico y más fecundo. No negamos derecho a llamarse anarquista al artista que aplica las ideas libertarias en su esfera de acción, ni al filósofo que renueva los sistemas influenciado por nuestras ideas, ni al parroquiano del cenáculo de café; pero protestaríamos si el artista proclamara que no existe el anarquismo más que en la poesía, en la pintura o en la música, o si el filósofo monopolizara para sí el anarquismo, o si el parroquiano de café dijera que el anarquismo no existe más que en el cenáculo; con la historia en la mano demostraríamos que el verdadero movimiento anarquista, el que ha merecido siempre ese nombre, ha sido el movimiento obrero encaminado hacia la destrucción del Capital y del Estado; las otras manifestaciones, en el arte, en la filosofía, en el cenáculo de café, son influencias, ramificaciones del movimiento madre.

No queremos combatir tampoco los grupos de afinidad en sí; consideramos que son productos naturales cuando se trata de una acción o de una propaganda determinada, de la edición de un periódico en un sentido, o en otro, etc., pero cumplida su misión carecen de razón de ser; existen grupos basados, no la

afinidad, sino en la amistad personal de sus componentes; esos, naturalmente, permanecerán mientras persista la amistad que los mantiene; como pueden persistir los grupos de afinidad mientras perdure la armonía interna y el motivo que los hizo nacer; pero lo que queremos decir es que los grupos no constituyen el movimiento histórico del anarquismo; sino las asociaciones obreras de resistencia al capital y al Estado. Los grupos nacieron en un determinado período en que toda actividad pública era obstaculizada por la represión gubernativa; su constitución está ligada a la clandestinidad; cuando desapareció la necesidad imperiosa del movimiento clandestino, habría que haber esperado que los elementos constitutivos de los grupos circunstanciales, volverían a su puesto, y las actividades de propaganda y de organización en los medios obreros; sin embargo, no fue así, y más aún: los grupos se atribuyeron la representación genuina del anarquismo y miraron con menosprecio o con desconfianza todo lo que se desarrollaba a su alrededor. En los grupos se formó una mentalidad especial de secta; una mentalidad de capilla que nació luego a las masas, cuando acudió con los intereses o los prejuicios de la capilla; se produjeron lucas de rivalidad entre los diversos grupos, pues cada cual creyó poseer la verdad absoluta; la receta infalible, y lo que debió

haber sido un movimiento general se convirtió en una confusión que a duras penas pudo mantener una cierta unidad exterior. La renovación tiene que venir de la fuente originaria, del movimiento obrero; es en él donde deben fundirse los grupos anarquistas de afinidad en un todo, en un movimiento general; la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, ha dado un gran paso en ese sentido y habrá andado el mayor trecho del camino cuando proclame que no hay más que una Internacional anarquista posible: la Asociación Internacional de los Trabajadores. Vemos aun ciertas tendencias hacia una Internacional anarquista, de grupos anarquistas; eso equivale a sellar la separación del anarquismo del movimiento obrero, a lo que debemos oponernos con todas nuestras fuerzas, pues en esa separación está la pérdida de toda vitalidad revolucionaria de la idea anarquista.

Los grupos de afinidad perdieron ya las condiciones históricas que les dieron vida; estamos en tiempos en que nada podemos y nada debemos hacer en las sombras del misterio; la propaganda y la acción que no podamos hacer públicamente, a la luz del día; las ideas que no podamos gritar en las plazas públicas, no tienen tampoco razón de ser en los grupos de afinidad, que originariamente son grupos clandestinos. Las revoluciones no se hacen ya a base conspirativa, es decir, la revolución social que nosotros queremos, es social, no individual o de fracción. Para preparar esa revolución social hay que salir de las catacumbas, donde vegetaban los cristianos del imperio romano, y de los cuevaños del café, donde se fraguaban los pronunciamientos y revoluciones españolas; la revolución social debe prepararse a la luz del día, ante los ojos de todos, porque no es cuestión de individuos o de fracciones, sino de las grandes masas de adversarios de la civilización capitalista y autoritaria. Los camaradas que se preocupan hoy de conspiraciones o de conchabulos secretos, nos dan la sensación de personajes de opereta. En algunos países vemos todavía fijar la revolución social para un día determinado; los camaradas actúan misteriosamente como en las novelas terroristas; sus pensamientos, sus esfuerzos no se dedican en primer lugar a la organización de los elementos rebeldes y a la propaganda de las ideas libertarias sino a planear revoluciones y acciones imaginarias. Esa mentalidad es fomentada por los grupos de afinidad.

Cuando el revolucionario es un Tolstoy o un Reclus, su labor equivale a todo un movimiento cultural; a hombres como esos pediríamos que se dedicasen a fundar sindicatos obreros y a trabajar dentro del ambiente revolucionario, no obstante haber hecho Reclus todo lo que pudo en ese sentido; su espíritu irradian tanto esplendor, que en cualquier lugar en que estén, crean un ambiente revolucionario; su voz, además, puede elevarse más alta que la nuestra y ser percibida por la humanidad entera; cuando uno de esos genios anuncia la nueva idea, los ecos de su prédica se perciben en todos los rincones de la tierra; pero no todos tenemos esa voz gigante y cada cual debe buscar una acción en correspondencia con sus fuerzas. No por proclamarnos movimiento cultural podremos acrecentar el valor de nuestra inteligencia o el caudal de nuestra sabiduría; los camaradas de la F. A. U. D. no son inferiores, mentalmente, a los de la Federación anarquista alemana, como no lo son los de la F. O. R. A. a los de los

diversos grupos que sostienen hallarse en posesión de la receta infalible; no constátnos hoy la razón de ser de los grupos de afinidad al margen del movimiento obrero revolucionario; su voz no tiene más atractivos que la voz del sindicato, su propaganda no es de una categoría superior a la realizada por medio de las agrupaciones naturales de los trabajadores; en cambio la lucha revolucionaria, moderna, que es lucha social, cultural, económica, se expresa en el sindicato y no en el grupo de afinidad...

No creemos haber explicado suficientemente nuestro pensamiento; procuraremos hacerlo con más claridad y más precisión, pues una ojeada al movimiento internacional nos confirma en la necesidad de volver a las directivas trazadas por la primera Internacional de los Trabajadores. Los países en que el reformismo y los partidos políticos de todos los colores tienen sus feudos más inexpugnables, son aquellos en que los anarquistas se han dedicado y se dedican a hacer revoluciones de opereta en sus grupos de tres o cuatro individuos, en lugar de crear un movimiento obrero inspirado por el anarquismo que constituya una fuerza material y moral en la vida cotidiana.

Es nuestra convicción que hemos llegado a un momento en que las circunstancias nos imponen la valorización del movimiento sindical y el abandono de esa táctica infantil de crear grupos que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, tienen una vida por completo aparente y efímera. Para ello, el primer paso es reconocer que el movimiento anarquista fue representado un día por grupos de afinidad, como lo fue el cristianismo en las catacumbas, pero sólo transitoriamente; hoy ese movimiento no puede vivir en atmósfera tan pobre; necesita la afluencia y la base proletaria, necesita alimentarse en las luchas cotidianas contra el capital y el Estado, necesita inspirar la fuerza que constituye el proletariado organizado; y para ello, la acción de propaganda no debe partir de afuera, de grupos o de capillas diversas, sino del seno mismo de las masas.

D. A. de S.

Capitalistas y ladrones

A propósito de las "tragedias" de Houndsditch y Sidney Street. (De les "Temps Nouveaux", febrero de 1911).

En una callecita de la City se ha hecho una tentativa de robo contra una joyería, y los ladrones, sorprendidos por la policía, se salvan abriéndose paso a tiros de revólver. Más tarde, dos de los ladrones, descubiertos en una casa del East End, se defienden aún a tiros de revólver y mueren en la batalla.

En el fondo, nada de extraordinario, en la sociedad actual, aparte de la energía excepcional con que se defendieron los ladrones.

Peró esos ladrones eran rusos, quizás refugiados rusos, y quizás fueron, también, a un club anarquista los días de reunión pública cuando estaba abierto a todo el mundo. Y naturalmente, la prensa capitalista lo aprovecha para partir en guerra contra los anarquistas. Según los diarios burgueses, se creía que la anarquía, ese sueño de justicia y de amor entre los hombres, no es otra cosa que el robo y el asesinato; y ciertamente, se logró, con esas mentiras y esas calumnias, apartar de nosotros muchas gentes que estarían con nosotros si supieran solo lo que queremos.

No será, pues, inútil decir aun cual es la posición de los anarquistas relativa-

mente a la teoría y a la práctica del robo. Uno de los puntos fundamentales del anarquismo es la abolición del monopolio de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, y por eso la abolición de la explotación del trabajo ajeno por los detentadores de los medios de producción. Toda apropiación del trabajo de otro, todo lo que sirve para poner a un hombre en estado de vivir sin dar a la sociedad su cuota de producción, es, desde el punto de vista anarquista y socialista, un robo.

Los propietarios, los capitalistas, han robado al pueblo, por la violencia o por el fraude, la tierra y sus medios de producción, y, a consecuencia de ese robo inicial, pueden sustraer día a día a los trabajadores los productos del trabajo. Pero han sido ladrones felices, se han hecho fuertes, han hecho leyes para legitimar su situación y han organizado todo un sistema de represión para defenderse lo mismo contra las reivindicaciones de los trabajadores que contra los que quisieran reemplazarlos haciendo como hicieron ellos mismos. Y ahora su robo se llama propiedad, comercio, industria, etc.; el nombre de ladrones está reservado, en el lenguaje común, a los que quisieran seguir el ejemplo de los capitalistas, pero que, llegados demasiado tarde y en circunstancias adversas, no pueden hacerlo sino en lucha contra la ley.

Sin embargo la diferencia de los nombres corrientemente empleados no basta para ocultar la identidad social y moral de las dos situaciones. El capitalista es un ladrón que ha triunfado por su mérito o por el de sus antepasados; el ladrón es un aspirante a capitalista que no espera más que triunfar para convertirse en un capitalista de hecho, y vivir sin trabajar, del producto de su robo, es decir del trabajo ajeno.

Enemigos de los capitalistas, no podemos tener simpatía para el ladrón que aspira a convertirse en capitalista. Partidarios de la expropiación hecha por el pueblo en provecho de todo el mundo, no podemos tener nada de común con una operación en que no se trata más que de hacer pasar la riqueza de manos de un propietario a las de otro.

Naturalmente me refiero al ladrón profesional, a aquél que no quiere trabajar y busca los medios de poder vivir como parásito sobre el trabajo ajeno. La cosa es distinta cuando se trata del hombre a quien la sociedad niega los medios de trabajar y que roba para no morir de hambre, y no dejar morir de hambre a sus hijos. En ese caso el robo (si se puede llamarlo así) es una rebelión contra la injusticia social, y puede ser el más sagrado de los derechos y aún el más imperioso de los deberes. Pero de esos casos la prensa capitalista evita hablar, porque entonces, debería hacer el proceso al orden social que tiene la misión de defender.

Ciertamente el ladrón profesional es, también, en gran parte, una víctima del medio social. El ejemplo que viene de lo alto, la educación recibida, las condiciones repugnantes en que es obligado a menudo a trabajar, explican fácilmente como hombres que no son moralmente superiores a sus contemporáneos, puestos en la alternativa de ser explotados o explotadores, eligen ser explotadores, y procuran serlo por los medios a su alcance. Pero esas circunstancias atenuantes pueden aplicarse también a los capitalistas; y así queda mejor demostrada aun la identidad substancial de las dos profesiones.

Por tanto, las ideas anarquistas no pueden llevar a las gentes a convertirse en ladrones, lo mismo que no las llevan a convertirse en capitalistas. Al contrario, al dar a los descontentos un ideal de vida superior y una esperanza de emancipación colectiva, los apartan, todo lo posible en el medio actual, de todos esos actos legales o ilegales que no son más que una adaptación al sistema capitalista y tienden a perpetuarlo.

A pesar de todo eso, siendo el medio social tan impotente y los temperamentos personales tan diversos, puede haber ladrones entre los anarquistas: algunos que se hagan ladrones como los hay que se hacen capitalistas, comerciantes o industriales; pero, en este caso, unos y otros obran así, no a causa de sus ideas anarquistas, sino a pesar de esas ideas.

E. MALATESTA

Páginas viejas Dictaduras providenciales

Transcribimos el hermoso artículo de J. Dejacque, publicado en su periódico Le Libérateur, 7 de abril de 1859, Nueva York. — En el interesante esbozo histórico de Nettlau sobre la idea anarquista se encuentran noticias sobre la vida y el pensamiento de este primer combatiente consciente del comunismo anárquico.

No estamos ya en los tiempos fabulosos de Saturno en que el padre devoraba a los hijos, ni en los tiempos judíos de Herodes en que se degollaba toda una generación de inocentes retoños; lo que después de todo no ha impedido a Jesús escapar a la matanza y a Júpiter al devoramiento. Vivimos en una época en que no se mata ya a los niños con la cuchilla o el diente, y donde parece bastante natural que los jóvenes entierren a los viejos. Enterramos, pues, todo lo que ha cumplido su tiempo. Hércules ha muerto, ¡por qué tratar de resucitarlo? a lo sumo se podría galvanizarlo. La maza es menos fuerte que la idea.

¡Salud a toda idea presente y del porvenir! La autoridad ha reinado tanto sobre los hombres, ha tomado posesión de la humanidad de tal modo que ha dejado en todas partes guarnición en los espíritus. Hoy aún es difícil, de otro modo que en idea, socavarla por completo. Cada uno de los civilizados es para ella una fortaleza que, bajo la guardia de los preceptos, se levanta como enemiga al paso de la libertad, a la amazona invasora. Así, algunos que se creen revolucionarios y que no juran sino por la libertad, proclaman sin embargo la necesidad de la dictadura. ¡Qué grandullones, a decir verdad, entre los revolucionarios! y grandullones que no se apartan de su caballico; para algunos es necesaria la república democrática y social, sin duda; pero con un emperador o dictador, lo que es todo

uno, para gobernarla; gentes montadas a borcajadas, con la cara vuelta hacia la grupa, sobre un esqueleto de asno y que, con los ojos fijos en la perspectiva del progreso, se alejan tanto más de él cuanto más camino hacen, pues los pies, en esa posición, galopan en sentido opuesto al avance de la bestia. Esos revolucionarios, politiqueros de cuello pelón, han conservado, con la impresión del collar, la tara moral de la servidumbre, el torticolle del despotismo. ¡Ay! son muy numerosos entre nosotros. Se llaman republicanos, demócratas y socialistas, y no tienen inclinación ni amor más que por la autoridad del brazo de hierro, de frente de hierro, de corazón de hierro; son en realidad más monárquicos que los monárquicos; éstos podrían pasar a su lado por anarquistas.

La dictadura, que sea una hidra de cien cabezas o de cien colas, que sea democrática o demagógica, no puede seguramente nada en pro de la libertad; no puede más que perpetuar la esclavitud, en lo moral como en lo físico. No es regimientando un pueblo de flotas bajo un yugo de hierro, pues hierro hay en él, no es aprisionándolo en un uniforme de voluntades proconulares como pueden formarse hombres inteligentes y libres. Todo lo que no es libertad va contra la libertad. La libertad no es cosa que pueda otorgarse. No está en el capricho de algún personaje o comité de salvación pública el decretarla, el hacer larguezas de ella. La dictadura puede cortar cabezas de hombres pero no podrá hacerlas crecer y multiplicar; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer arrastrarse y crujiir bajo su férula a los esclavos, como gusanos u orugas, aplastarlos a su paso, pero sólo la libertad puede darles alas. Sólo por el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra civilización, civilización o cristidid, se transformará en viva y brillante mari-

posa, revestirá el tipo humano y adquirirá su florecimiento en la armonía.

Muchas gentes, lo sé, hablan de la libertad sin comprenderla, no tienen ni la ciencia ni el sentimiento de ella. No ven jamás en la demolición de la autoridad reinante más que una substitución de nombre o de persona; no imaginan que una sociedad puede funcionar sin amos ni criados; sin jefes ni soldados; son semejantes en eso a los reaccionarios que dicen: "Siempre hubo ricos y pobres, y los habrá siempre. ¿Qué sería del pobre sin el rico? moriría de hambre". Los demagogos no dicen eso en absoluto, pero dicen: "Siempre hubo gobernantes y gobernados, y los habrá siempre. ¿Qué sería del pueblo sin gobierno? se corrompería en la esclavitud". Todos esos anticuarios, los rojos y los blancos, son un tanto colegas y compañeros; la anarquía, el libertarismo trastorna su miserable entendimiento, entendiemento lleno de prejuicios ignaros, de vanidades fútiles, de cretinismos retrospectivos y retroactivos, los dictatorialistas, los enfuendados a la fuerza, todos esos autoritarios carnes que reclaman un poder salvador, graznarán toda su vida sin hallar lo que desean. Semajantes a las ranas que piden un rey, se les ve y se les verá siempre cambiar un gato por una liebre, el gobierno de julio por el gobierno de febrero, los masacradores de junio, un Cavaignac por un Bonaparte, y mañana, si se puede, a Bonaparte por Blanqui. Si gritan un día: "¡Abajo la guardia municipal!" es para gritar un instante después: "¡Viva la guardia móvil!". O bien truenen la guardia móvil contra la guardia imperial, como cambiarían la guardia imperial contra los batallones revolucionarios. Súbditos eran, súbditos son y súbditos serán. No saben ni lo que quieren ni lo que hacen. Se quejan la víspera de no tener el hombre de su elección, se quejan al día siguiente de tenerlo demasiado. En fin, en todo momento y en toda ocasión, invocan la autoridad "de largo pico montado sobre un largo cuello", y encuentran sorprendente que los haga crujiir, que los mate.

El que se dice revolucionario y habla de dictadura no es más que un bobo o un pillo, un imbécil o un traidor; imbécil y bobo si la preconiza como auxillar de la revolución social, como modo de transición del pasado al futuro, porque eso equivale a conjugar siempre la autoridad en el indicativo presente; pillo y traidor si no la considera más que como un medio de ocupar un puesto en el presupuesto y de jugar al mandatario sobre todas las modas y en todos los tiempos.

¡Cuántos enanos, ciertamente, no quisieran nada mejor que tener zancos propios, un título, sueldos, una representación cualquiera para salirse de la honrada donde chapotea el común de los mortales y darse aires de gigantes. ¡El común de los mortales será siempre bastante tonto para proporcionar un pedestal a esos pigmeos! Habrá que escuchar siempre: "Pero vosotros hablabís de suprimir los elegidos del sufragio universal de echar por las ventanas la representación nacional y democrática; ¿qué pondréis en su lugar? Porque, en fin, es preciso algo, es preciso que alguien mande... ¿un comité de salvación pública, por tanto? No queréis un emperador, un tirano, eso se comprende; pero, ¿quién lo reemplazará... un dictador? porque todo el mundo no puede conducirse bien y hace falta uno que se consagre a gobernar a los otros..." ¡Oh, señores o ciudadanos, ¿para qué suprimir si es para reemplazar? Lo que hay que destruir es el mal y no cambiarlo de lugar. ¿Qué me importa a mí que lleve tal o cual nombre, que esté aquí o allá si, bajo esa máscara o esa apariencia, está aún y siempre atravesado en mi camino? Al enemigo hay que suprimirlo, no que reemplazarlo. La dictadura, la magistratura soberana, la monarquía, para decirlo todo, — porque reconozco que la autoridad, que es el mal, puede hacer el bien, lo es declararse monárquico, sancionar el despotismo, negar de la revolución? Si se pregunta a esos partidarios absolutos de la fuerza: bruta, a esos pregoneros de la autoridad demagógica y obligatoria, cómo la ejercerán, de qué manera organizarán ese poder fuerte, los unos o responderán, como el difunto Marat, que querrán un dictador con balas a los pies y condenado por el pueblo a trabajar para el pueblo.

Distingamos primeramente: o ese dictador obrará por la voluntad del pueblo, y entonces no será realmente dictador, no será más que una quinta rueda en una carroza, o bien será realmente dictador, tendrá en sus manos las riendas y el látigo y no obrará sino según su capricho es decir, en beneficio exclusivo de su divina persona. Obrar en nombre del pueblo es obrar en nombre de todo el mundo ¿no es así? Y todo el mundo no es científica, armoniosa, inteligentemente revolucionario. Pero admito, para conformarme al pensamiento de los blanquistas por ejemplo, — esa cola del carlomanismo, esa fracasonería ha-be-bu- vista, esos invisibles de una nueva especie, esa sociedad de inteligencias... secretas, — que hay pueblo y pueblo, pueblo de los hermanos iniciados, los discípulos del gran arquitecto popular, y el pueblo o turba de los profanos. Bnos aflidos, esos conspiradores eméritos ¿se entenderán siempre entre sí? ¿Estarán siempre de acuerdo sobre todas las cuestiones y en todas sus secciones? Que un decreto sea lanzado sobre la propiedad, sobre la familia o sobre cualquier cosa, los unos lo encontrarán demasiado radical, los otros insuficiente. Mil puñales en esa ocasión, se levantarán mil veces por día contra el forzado dictador.

El que acepte semejante rol no tendrá dos minutos de vida. Pero no lo aceptará seriamente, tendrá sus parciales, todos los hombres de ralea que se estrecharán a su alrededor y le formarán un batallón sagrado de criados para compartir los restos de su autoridad, las migajas del poder. Entonces podrá tal vez ordenar en nombre del pueblo, no digo lo contrario, pero seguramente contra el pueblo. Hará fusilar o deportar a todo el que tenga veleidades libertarias. Como Carlomagno, o no sé qué rey, que medía los hombres a la altura de su espada, hará decapitar a todas las inteligencias que sobrepasen su nivel, proscibirá todos los progresos que tiendan más lejos que él. Hará como todos los hombres de salvación pública, como los políticos del 93, émulos de los jesuitas de la inquisición, propagará el embrutecimiento general, destruirá la iniciativa particular, hará la noche en el día naciente, las tinieblas en la idea social, nos volverá a sumergir, muertos o vivos, en el osario de la civilización, hará del pueblo un cuerpo de brutos. Porque para un dictador político, como para un director teatral, lo que hay de mejor en el hombre, lo que tiene de bueno, es el cadáver. Otros, en su sueño de dictadura, difieren un poco de éstos, en el sentido que no quieren la dictadura de uno solo, de un Sancho de una cabeza, sino de mil o de cien mandíbulas de jumento, las dictaduras de las pequeñas maravillas del proletariado, reputadas por sí mismas inteligencias porque un día u otro han despachado algunas banalidades en verso o en prosa, porque han embadurnado sus nombres en las listas del escrutinio o en los registros de alguna capillita político-revolucionaria; la dictadura, en fin, de las cabezas y los brazos de palo para hacer concurrencia a los Ratapolis y con misión, como es justo, de extermiar a los aristócratas y a los filisteos. Piensan, como los primeros, que el mal no está tanto en las instituciones liberticidas como en la elección de los hombres tiránicos. Igualitarios de nombre, están en principio por las castas. Y al poner en el poder a los obreros en lugar de los burgueses, no dudan que todo irá del mejor modo en el mejor de los mundos posibles.

¡Poner a los obreros en el poder! En verdad, es preciso no recordarse. ¡No hemos tenido a Albert en el gobierno provisorio? ¿Es posible ver nada más orlativo? ¿Qué ha sido sino una coraza? En la asamblea constituyente o legislativa hemos tenido a los diputados lyoneses; si hay que juzgar a los representados por los representantes, eso sería una triste muestra de la inteligencia de los obreros de Lyon. París nos ha gratificado con Nadaud, naturaleza densa, inteligencia de mortero, que soñaba con la transformación de su llana de abalfín en cetro presidencial — ¡imbécil! Además también Corbon, el reverendo del Ateliers, y quizás el menos jesuita, porque él al menos, ya ha tardado en quitarse la máscara y en ocupar su puesto en medio y al lado de los reaccionarios.

Como en las gradas del trono los cortesanos son más realistas que el rey, en las gradaciones de la autoridad oficial, legal los obreros republicanos son más

burgueses que los burgueses. Y eso se comprende: el esclavo emancipado y convertido en patrón exagera todos los vicios del plantador que lo ha educado. Está tanto más dispuesto a abusar del mando cuanto más inclinado o forzado ha sido a la sumisión y a la baja zorra de sus mandatarios. Un comité dictatorial compuesto por obreros es ciertamente lo que podría encontrarse de más hinchado de suficiencia y de nulidad, y, por consiguiente, de más antirrevolucionario. Si se quiere tomar en serio la palabra salvación pública, primeramente y en toda ocasión, hay que despojar a los obreros de toda autoridad gubernamental y luego, y siempre, extirpar lo más posible de la sociedad la autoridad gubernamental misma. (Es mejor que haya en el poder enemigos declarados que amigos duosos).

La autoridad oficial o legal, cualquiera que sea el nombre con que se la decore, es siempre mentirosa y malhechora. No hay más autoridad verdadera o bienhechora que la verdadera autoridad natural o anárquica. ¿Quién fué autoridad en realidad y en derecho en 1843? ¿El gobierno provisorio, la comisión ejecutiva, Cavaignac o Bonaparte? Ni uno ni otro. Porque si tenían en sus manos la fuerza bruta, no eran más que instrumentos, rodajas engranadas de la reacción; no eran, pues, motores, sino máquinas. Todas las autoridades gubernamentales, aun las más autoritarias, no son más que eso. Funcionan por la voluntad de una facción y al servicio de esa facción, salvo los accidentes de intrigas, las explosiones de ambición o "comprimidá". La verdadera autoridad en 1848, la autoridad de salvación universal, no estuvo, pues, en el gobierno; sino, como siempre, al margen del gobierno, en la iniciativa individual; Proudhon fué su más eminente representante (en el pueblo y no en la cámara). Fué el quien personificó la "agitación revolucionaria" de las masas. Y para esa representación no hay necesidad ni de título, ni de credencial legalizada. Su mandato no lo recibía de los otros; de los sufragios arbitrarios de la fuerza bruta, sino de él mismo; de la conciencia y de la espontaneidad de su fuerza intelectual. Autoridad natural y anárquica, tuvo toda la influencia a que podía aspirar. Y esa es una autoridad que no necesita "históricos", porque es la dictadura de la inteligencia; templa y vivifica. Su misión no es agarrar ni acorralar a los hombres, sino agrandarlos hasta la altura de su cabeza, desarrollarlos con toda la fuerza de expansión de su naturaleza mental. Produce, como la otra, esclavos en nombre de la libertad pública; destruye la esclavitud en nombre de la autoridad privada. No se impone a la plebe, atrincherándose en un palacio, acorazándose con mallas de hierro, cabalgando entre sus arqueros, como los barones feudales — se afirma en el pueblo, como se afirman los astros en el firmamento, irradiando sobre sus satélites.

¿Qué poder mayor habría tenido Proudhon convirtiéndose en gobierno? No solamente no habría tenido más, sino que habría tenido mucho menos, suponiendo que hubiera podido conservar en el poder sus pasiones revolucionarias. Su poder procedía de su cerebro, todo lo que hubiera podido obstaculizar el trabajo de

su cerebro habría sido un ataque a su poder. Si hubiese sido un dictador calado y revestido de espuelas, investido con la banda y la escarapela feudales, se habría perdido en politiquería con su ambiente todo el tiempo que es ha dedicado a hacer bondades a las masas. Habría hecho reacción en lugar de hacer revolución. Ved más bien el castellano de Luxemburgo, Luis Blanc, el mejor intencionado, quizás de todo el gobierno provisorio, y sin embargo el más pífido, el que ha sacado las castañas del fuego para la reacción; el que ha entregado los obreros sermoneados a los burgueses armados; el que ha hecho como hacen todos los predicadores de sotana o de turbante autoritarios, es decir, ha predicado la caridad, cristiana, a los pobres, para salvaguardar a los ricos.

Los títulos, los mandatos gubernamentales, no son buenos más que para las nulidades que, demasiado cobardes para ser algo por sí mismas, quieren parecer. No tienen razón de ser más que la razón de esos abortos. El hombre fuerte, el hombre de inteligencia, el hombre que es todo para el trabajo y nada para la intriga, el hombre que es hijo de sus obras y no el hijo de su padre, de su abuelo o de su tío, no importa que patrón, no tiene nada que discernir de esas atribuciones carnavalescas; las desprecia, las odia como un diástraz que mancharía su dignidad, como algo obscuro e infamante. El hombre débil e ignorante, pero que tiene el sentimiento de la humanidad, debe rechazarlas también; no le hace falta para eso más que un poco de buen sentido. Porque si toda arlequinada es ridícula, además es odiosa cuando lleva lata.

Todo gobierno dictatorial que se entienda en singular o en plural, todo poder demagógico no podría sino retardar el advenimiento de la revolución social substituyendo con su iniciativa, cualquiera que sea, con su razón omnipotente, su voluntad cívica y forzada, la iniciativa anárquica, la voluntad razonada, la autonomía de cada uno. La revolución social no puede más que hacerse por el órgano de todos individualmente, de otro modo no es la revolución social. Lo que es preciso, pues, aquello hacia lo que hay que tender, es a colocar a todo el mundo a cada uno en la posibilidad, es decir, en la necesidad de obrar, a fin de que el movimiento, comunicándose de uno al otro, dé y reciba el impulso del progreso y lo decuplique y centuplique así en la fuerza.



Mussolini — ¿No pedais el sufragio, la libertad de palabra, el derecho de asociación? Ya os he concedido todo... precisamos buena ración de "manganella" y de aceite de ricino.

La autoridad gubernamental, la dictadura, llámesle imperio o república, trono o silla, salvador del orden o comité de salvación pública, que exista hoy bajo el nombre de Bonaparte o mañana bajo el nombre de Blanqui, que salga de Ham o de Belle-Ile, que tenga en sus insignias un águila o un león empajado, la dictadura no es más que la violación de la libertad, por la virilidad corrompida, por los sifiliticos, es el mal castro inoculado en los gérmenes, de la reproducción, en los órganos intelectuales de la generación popular. No es un beso de emancipación, una manifestación natural y fecunda de la pubertad, es una fornicación de la virgindad con la decrepitud, un atentado a las costumbres, un crimen como el del abuso del tutor con su pupila... es un humanicidio.

No hay más que una dictadura revolucionaria, que una dictadura humanitaria; es la dictadura intelectual y moral. ¡No es libre todo el mundo de participar en ella! Basta quererlo para poderlo. Nada es necesario a su alrededor, ni batallones de Victoria ni trofeos de bayonetas; no marcha escoltada más que por sus libros pensamientos; no tiene por ostro más que su haz de luces. No hace la ley, la descubre; no es autoridad, constituye autoridad. No existe más que por la voluntad del trabajo y el derecho de la ciencia. El que niega hoy la afirmará mañana. Porque no ordena la manobra, atincherándose en su inercia, como un coronel de regimiento, sino que ordena el movi-

Las artes plásticas en el extranjero Marginalia sobre Pablo Picasso

Por cierto, en el mundillo del arte, pocas son las personalidades artísticas que hayan sido más discutidas, que este malagueño doblado de catalán, inventor de los más variados ismos y, sobre todo, de la teoría cubista, inquietante e inquietador para algunos. Pero si ahora afirmamos que se halla con la cara vuelta a los clásicos, comprenderán la desesperación de los primeros neófitos que le siguieron por la senda del cubismo, con la correspondiente sécula de "marchands" y arribos exaltados. No vayan a figurarse que Picasso se ha convertido, rindiendo pleitesía a la Academia. No. Lo clásico salido de sus pinceles se espolvorea todavía



PICASSO — Retrato de anarquista.

con resabios cubistas y con rezagos de un primitivo reforzado, apto para asombrar al dandismo inveterado de los parisenses. Para la feria y la fauna de los snob y de los smart, estas volteretas de Pablo Picasso son de un repentinismo desconcertador. No saben con quién quedarse: si con el cubista de los primeros tiempos, o con el "ingenista" de los modernos tiempos.

¿Cuándo fué sincero? ¿Antes, en su juventud, o ahora, en su madurez? Quizás nunca lo fué genuina y lealmente, con el abandono total del que se entrega, retratándose hondamente en su obra, como un Cristo redivivo en el níveo lino de la Verónica.

Ya en los principios, y cuando el período febril de los cubistas era más álgido, empañando el cristal de su espíritu con la bruma de la pasión y del entusiasmo, Picasso gustaba deslumbar a su "público" con su erudición, adoptando las

miento predicando con el ejemplo, demuestra el progreso por el progreso.

—¡Todo el mundo al mismo paso! — dice la una, y es la dictadura de la fuerza bruta, la dictadura animal.

—¡El que me ama que me siga! — dice la otra, y es la dictadura de la fuerza intelectualizada, la dictadura nominal.

La una tiene por apoyo a todos los hombres pastores, a todos los hombres rebaños, a todo el que manda y obedece en el redil, a todo el que está domiciliado en la civilización.

La otra tiene de su parte a las individualidades hechas hombres, las inteligencias descivilizadas.

La una es la última representación del paganismo moderno, la velada de clausura definitiva, su despedida del público.

La otra es el comienzo de una era nueva, su entrada en escena, el triunfo del socialismo.

La una es tan vieja que toca en la tumba; la otra es tan joven que toca en la cuna.

—¡Vieja' es la ley — ¡es preciso morir!

—¡Es la ley de la naturaleza, niño! — tú crecerás.

J. DEJACQUE

más diferentes y diversas posturas artísticas. Libaba en todos los cálices y bebía en todas las fuentes. Desde los primitivos italianos hasta los renacentistas, pasando a través de los egipcios y de la plástica negra, hasta derivar en la moderna pintura francesa con Cézanne como abanderado, en su obra existían todos los aspectos, vistiéndose con los reflejos más peregrinos y diversos.

En sus exposiciones de cuadros y dibujos, a veces predominaba la factura cubista, conjuntamente con mujeres concebidas y dibujadas por un Lautrec; mientras que en otros, en cambio, acordaban en ritmos y matices con las más disparatadas escuelas francesas, donde la construcción y los volúmenes eran un mito y el equilibrio y los valores de la composición eran una leyenda.

Pero de todos modos, sus especialistas admiradores no dejaban de encontrarlo interesante... Palabreja ésta, que por querer abarcarlo todo, calificar lo incalificable y determinar lo indeterminado, ha llegado a desvalorizarse tanto que ya no expresa nada, pretendiendo decir mucho...

Claro que para una escuela tan aleatoria, para una modalidad estética tan tornadiza y trepidante de inquietud, aquel terminucho le calzaba como un guante. Se prestaba admirablemente para definir una emoción, que precisamente no era emoción, sino un sentimiento confuso que ondulaba entre el asombro y un vago asomo admirativo provocado por el aspecto formal y esotérico de la obra.

Es que para esa pintura undivaga de tendencias prolíferas, el término "interesante" se imponía como una ley de necesidad perentoria. Además, no comprendía en lo más mínimo a quien la profería, disimulando, asimismo, la incompreensión y también la inercia anímica del veedor...

Lo que si creemos firmemente es que nadie acusará a la pintura de Picasso de ser monótona y uniforme en el aspecto. En lo aparente, en la superficie, en el cambio y la media vuelta es evidente y es percibida por M. Tout-le-monde, pero en lo intrínseco, es harina de otra costal.

Esto nos recuerda a la personalidad del poeta inglés Meredith, a quien F. Harris,



PICASSO — Naturaleza muerta.

crítico y panegirista de su obra, reconocía, sin embargo, que su poesía, siendo rica de matices verbales y armonía, pecaba de monótona por lo abstracta y lo rarificado de su soplo vital.

Y esta es la falla fundamental del temperamento artístico de Picasso que trae como consecuencia fatal y lógica, su instabilidad de tendencia y modalidades, conjuntamente con la desenvoltura y la agilidad para asimilarse y realizar cualquier estilo plástico por más antitético que éste pueda ser.

Muchos hay que tergiversando esta actividad proteica de hombre-orquesta, la confunden con la inquietud espiritual que casi siempre es rectilínea, como la flecha que es disparada en una dirección dada, a un blanco cualquiera. La inquietud que se multiplica bifurcándose, desperdigando su poder de orientación, persiguiendo múltiples facetas, deja de ser un valor moral para convertirse en una agitación veleidosa y baladí.

Es el torrente de la fábula de Leonardo da Vinci, el cual, por su turbulencia y agitación, trajo tantas piedras a su lecho que hubo de mudar de sitio para tornarse en un miserable arroyuelo...

Ramiro de Maeztu, al ser preguntado qué opinión abrigaba respecto a la pintura del malagueño, contestó con estas o parecidas palabras: "Platón, en su República, al ver que los artistas copiaban las formas de la naturaleza, los arrojó de ella. Consideraba que las formas de la naturaleza eran copias de ideas; entonces aquellos artistas hacían copias de copias. En cambio a Picasso le hubiera abierto las puertas, porque él, al pintar, inventaba su verdad: en una palabra, creaba".

También Leonardo dijo, hace quinientos años, que la pintura es cosa mental, pero, ¿en qué proporción cabe en la obra de arte lo mental y lo emocional?

Para Cézanne, lo emocional de los cuadros de Carrière era solamente una parte bastante escasa del fenómeno de la creación artística. Y subentendía, naturalmente, que un artista incapaz de encenderse ante la naturaleza y en el momento misterioso de la concepción, aunque poseyese una técnica maravillosa nunca realizaría la más ínfima obra creadora.

Convenimos con todas estas verdades que, de tan repetidas, se han hecho triviales. Y si hacemos algún hipocámpo en ellas, es para distinguir y discernir entre lo meramente intelectual y razonado y lo mental que elabora y destila su filosofía teniendo por causa una emoción cualquiera o cualquier choque con la realidad.

Y en la obra de Picasso prima, y adolece del defecto más característico de nuestra civilización y nuestra época: el in-

telectualismo quintaesenciado y desinfectado. Por eso, por más que cambie de modalidad, de estilo y de aspecto, por más que pugne por salir del círculo vicioso en que lo retiene su especial temperamento, en el fondo, en lo subjetivo, es siempre lo mismo.

Es como el águila que cita un filósofo, que describe círculos sobre círculos, remontándose a la inmensidad, luchando por zafarse de la atmósfera que la aprisiona, sin conseguirlo.



PICASSO — Retrato de mujer.

Por cierto que este continuo esfuerzo por buscar algo que Picasso definitivamente no ha podido encontrar, lo dignifica y lo singulariza de la pintura corriente y moliente.

Si el genio es una larga paciencia, según Cuvier, posiblemente Picasso algún día llegará a tener genio, — genio para deslumbrarnos con esa verdad artística afacetada y poliédrica, de la cual pueda desprenderse la armonía perfecta, que es música recóndita y que mueve las esferas en el firmamento.

Pero ahora tenemos que contentarnos con las precarias obras del "chercheur" que malogra sus más preciosas fuerzas en una búsqueda epidérmica.

Una exposición de doce composiciones y treinta dibujos se inauguró hace poco en la "rue Boétie", "chez Rosenberg". A esta exhibición de la última "manera" de Picasso, concurrió el París mundano y alegre... El éxito artístico y pecuniario fué "monstruoso", según palabras de Claude Roger-Marx.

Lo que se desprende de la crítica, es que la obra picassiana gustó como un bonito juguete.

Uno de los críticos que muchas veces tuvo elogios calurosos para Picasso, juzga con estas palabras la comentada exposición:

"Un ligero 'frottis' de color realiza estos retratos que el autor denomina composiciones... Los contornos trazados con tinta china se transparentan con tal nitidez, que a duras penas se pueden considerar éstos cuadros, aplicándose el nombre de pinturas.

A despecho del equilibrio encantador del que se hace alarde, a pesar de la ciencia incontestable de las proporciones y de sus gracias convencionales que las adornan, estas composiciones son frías e inanimadas como las primeras composiciones cubistas. Han sido realizadas como un juego. Nada pasa detrás de esas fisonomías que a duras penas se diferencian y son casi menos expresivas que aquellas que fueron pintadas en una época rosa o verde. Figuras de teatro, disfrazadas según la fantasía del director de escena, no tienen más que sentimientos simulados, habiendo visitado los más suntuosos museos del mundo, aprendiendo como Ida Rubinstein el secreto de las bellas actitudes".

Ya se ve que no bastó que el otrora jefe del cubismo cambiase de continente para cambiar el contenido...

AI.

En la vida, como en el arte, yo renuncio todo lo que sea sumisión, y tengo en la virtud creadora de toda rebeleta.

Angel Ganús...



POR LOS SALONES

A. Cabanas Oteiza (Salón Witcomb)

Estamos frente a un pintor que sabe su oficio y no hace alarde de ello. Al contrario, pinta mansamente, sencillamente, con la demosura y la gracia que fluye cuando se ha estudiado con seriedad y amor.

Hay un equilibrio tan feliz, tan sereno en estos paisajes montañoses de la campiña guipuzcoana, que seduce y es blanda caricia para la retina.

Su calidad genuina la hace inconfundible, y nadie dejará de percibir en esta naturaleza brava y ubérrima, el encanto hondo que emana del corazón agreste de la floresta.

Se dice que Oteiza fué discípulo de Regoyos, uno de los más formidables artistas que tuvo España en los últimos tiempos... Pues bien, si este discípulo no aventaja o supera al maestro, por lo menos supo zafarse de la influencia arrolladora que se desprende de ciertas personalidades poderosas que arrastran a todo el mundo tras de sí...

Por cierto, no pueden ser más antipodas los puntos de vista sobre el arte que, respectivamente, poseyó Regoyos y posee ahora Oteiza.

Ante las fanfarrias de los tonos violentos y de la luz ígnea de las meridianas horas de los cuadros de Regoyos, el pintor basco opone los crepúsculos de tamiada claridad, donde la naturaleza parece recogerse en un religioso silencio, como si se auscultase a sí misma...

Se libra también este artista euskaro de caer en lo lacrimosamente elegíaco por la factura viril y la visión eminentemente plástica del paisaje...

Sin aspavientos ni complicaciones, su lenguaje pictórico expresa eficazmente lo que ha sentido y ha querido decir...

El lunar que percibimos en esta obra honesta y simpática por la modestia de sus pretensiones, es la falta de cierto brío apasionado, algo que disonara con esa calma elegíaca y bucólica, algo que le sobra a Mir el torturado y le falta a Oteiza, quien ve la naturaleza a través de los cristales brumosos de las horas crepusculares...

Ortiz Echagüe (Salón Van Riel)

Otro pintor mundano de toda mundanidad.

Se ve que los compromisos que tiene contraídos con los círculos "aristocráticos" que frecuenta para conseguir encargos, le quitan el tiempo para realizar una obra pictórica de quilates auténticos.

Pero a los audaces la fortuna les ayuda. Y a este traficante disfrazado de artista le sobra la audacia y le faltan escrúpulos y también conocimientos pro-

fundos y sólidos acerca del arte que él practica y explota como se explota un negocio de salchichero...

Sus cuadros de gigantescas proporciones, son flojos "cartelones" que a duras penas podrían servir como afiches para propaganda de cintas cinematográficas...

Y a veces aquellos carteles confeccionados con fines comerciales, tienen más valor y hubo una suma de trabajo inteligente mayor que en las pinturas de Echagüe.

Tiene un cuadro en el Museo Nacional, comprado por la impagable Comisión de Arte, que merecía fusilarle por la espalda, como se fusila a los que traicionan y defraudan lo que es más sagrado en la criatura humana: la emoción estética.

Si, porque la gente ignora en cuestiones artísticas, al contemplar ese cuadro gigantesco colgado en el Museo, creará que la pintura es un manjar insulso duro de masticar y difícil de digerir...

Con esa suma de dinero que se le regaló a Echagüe por ese pasticho, se hubiera podido costear los estudios de media docena de muchachos de talento, y con ganas de aprender...

Piccardo (Salón Witcomb)

Las composiciones que expone el señor Piccardo, demuestran decididamente que todavía no ha aprendido el a, b, c, del oficio de pintor.

El modelado lamido y las entonaciones disonantes hasta el chillido, hacen colegir que este aprendiz de artista no es siquiera dueño medianamente de su paleta...

No se explica cómo cierta gente organiza exposiciones sin saber aún las reglas elementales que rigen la pintura.

Seguramente tendrán plata que gastar; y con eso, la vanidad de exhibirse y pavonearse en público y la mucha ignorancia que poseen en asuntos artísticos, hacen que cometan la majadería de ponerse en ridículo.

Exposición Emiliano Celery (H) — (Salón Chandler)

Entramos en esta exhibición de cuadros labrados y urdidos en una gama clara, y de sopelón, hace presa en nuestro espíritu la ilusión de hallarnos ante las vitrinas de alguna confitería, donde los merengues, los mazapanes, los torrones y los confites variados de los más diversos colores, tejen y destejen una sinfonía, naturalmente impresionista.

Va siendo ya un lugar atrozmente común, este de pintar con una paleta "amengada". Se pretende, con esto, ser elegante, ser fino de color. Se pretende hacer chic con la naturaleza, emperifollarla

con colorines, blanqueándola con polvos de arroz.

La verdad, ahora los revolucionarios serán los que con el betún hagan color y vendrá esta reacción necesaria, para demostrarles a los que "pintan por oído", que hasta con barro se hace color: basta que los valores en la composición sean justos.

Por otra parte, estamos de acuerdo que, pintando con gamas ensordecidas o clarísimas — ejemplo "La inglesa" o "La cita" de Anglada que se hallan en el Museo Nacional, — se llega a Roma.

Pero cuando no hay modelado, los tonos son sucios, con montañas que ballan y chillan y árboles que danzan, mejor es dedicarse a sembrar cualquier cosa.

Por los títulos de los cuadros, se deducen muchas cosas. Títulos que inducen a creer que el expositor tiene más condiciones de folletínista que de pintor.

Vayan eligiendo. Citamos al azar: "Recitarlo de leyenda", "Dicha fugaz", "El último beso", "Tímida caricia", "Vanidad montañesa", y, naturalmente "La mano que aprieta"...

Páginas íntimas

Carta de Eliseo Reclus a Richard Heath.

Villars-sur-Ollon (Vaud), 2 de agosto de 1882.

Es raro, querido amigo, que tenga tiempo de dejar a un lado mi trabajo a fin de entretenerme con los amigos; cuando puedo, me apresuro a aprovechar la buena ocasión, desgraciadamente a la ligera.

No volveré sobre la cuestión de saber hasta qué punto Francia, — aun la Francia republicana y socialista, — está infectada de catolicismo: que lo está demasiado, que el amor a la autoridad pervierte a todos los que se creen hombres de libertad, que, en todos nuestros planes del porvenir estamos gobernados aun por la alucinación del pasado, eso es bien cierto. El todo es apreciar exactamente la medida y sobre todo no confundir lo que Vd. llama catolicismo con el instinto de dominación que proviene en todos los hombres de la aserción demasiado enérgica de su personalidad.

¡No importa! Tengo interés en no dejar la discusión sobre el terreno de las nacionalidades como si nos dejásemos llevar por ese espíritu estrecho de patriotismo, — egoísmo amplificado, — que nos conduce a no ver más que las cualidades nacionales y a cerrar los ojos sobre los correspondientes defectos. Desde un punto de vista por completo general, ocupándome de clasificar los hombres y las naciones como un naturalista clasifica los insectos, me he dejado ir a comparar pueblo a pueblo y a dar al pueblo francés las cualidades que Vd. no le reconoce. Me guardaré de insistir, porque podríamos discutir hasta el infinito; es en los principios mismos donde yace la diferencia.

El punto de vista en las apreciaciones, en el ideal mismo, no concuerda en nosotros: Vd. se siente obligado por lo que me sostiene a mí; en algunas cosas Vd. ve el mal donde yo veo el bien y yo el retroceso donde Vd. percibe el progreso. ¿Qué nos queda de común? La buena voluntad, y es mucho. Yo me recuerdo de una palabra del Eclesiastés: "Siembra tu pan sobre la superficie de las aguas y lo volverás a encontrar con el tiempo". La traducción es quizás errónea, pues ese diábolico Reañán ha visto en ella un consejo de usurero, pero al tomar ese pasaje en el sentido que me ha afectado siempre, hago de él la regla de mi conducta. Espero mi pan como Vd. esparce el suyo, y yo espero que será encontrado más tarde. Sembramos nuestro grano y germina de otro modo a como hablamos imaginado, pero germina y no podemos tener otra ambición. Vd. defiende el cristianismo tal como lo comprende; yo lo ataco, me ira, porque lo comprendo de otro modo que Vd. y porque me parece malo como las aguas de albañal que permanecen demastado bajo el suelo y lo corrompen en lugar de fecundarlo. Pero por encima de la lucha está el gran concierto de las buenas voluntades, del afecto recíproco y de la solidaridad.

Aun manteniendo mi apreciación sobre la misión de la mujer en Francia y en Inglaterra, y creyendo que desde el punto de vista revolucionario Vd. se engaña en la parte que corresponde a los franceses, debo decirle que el nombre de Josefina Butler que Vd. pronuncia, despierta en mí profunda simpatía. Si los nombres de Garfield y Gladstone, que me ha citado en otra ocasión, me encontraron poco dispuesto a responder a su admiración, en cambio debo testimoniar cuánto admiro y amo a esa persona apnegada que no teme exponerse al insulto, al ultraje, al odioso contacto, para levantar a las mujeres caídas y defender su dignidad contra la injusticia de las leyes. Cuán feliz sería yo de poderla ayudar directamente si la causa que defiende — bien pobremente, es verdad, — no comprendiese ya en sus reivindicaciones aquella a la que la señora Butler se ha consagrado. Me parece que se refiere a una simple consecuencia del régimen social. En cuanto a nosotros, — no sé cómo nombrarnos, pues la palabra anarquía le desagrada — atacamos el régimen mismo, la propiedad, la ley.

Le estrecho cordialmente la mano tendida por encima de las barreras.

ELISEO RECLUS

Es un error creer que la pasión quita conocimiento. Es todo lo contrario, lo da. Sólo apasionándose llega a conocerse algo a fondo. Sin amor y sin odio no hay manera de penetrar en la entraña de la realidad.

La imparcialidad es el signo de la impotencia mental. No entiende la cabeza si no le riega en sangre el corazón.

Miguel de UNAMUNO

Canción a la juventud



y la bastarda de los egóismos,
Alice su bandera,
En el sacro día de la Primavera,
Que el tropel altivo sepa en el vivir,
Reír y soñar,
Que venza a la humilde virtud de llorar,
Que aprenda a sentir
y a triunfar!
¡A ser en la vida
Un sueño sin fin, sin forma y sin ley,
Sentir por sentir, amar por amar,
soñar,
Jamás doblegarse ni al vulgo ni al rey!
Batir las campanas que llaman a gloria,
Amar a los viejos,
Porque fueron jóvenes y primaverales,
Bañarse en la historia,
Fundirse en el oro de antiguos reflejos,
Y al son de los locos cánticos gloriales,
Lanzar la semilla de nuevos ideales,
¡Que sobre los llanos y sobre las cumbres
Que el sol nos calcine con sus rojas lumbres;
y que alcen su egida,
Gloriosos y grandes los nuevos vislumbres!
A ti la pujante juventud
A ti que posees la enorme virtud
de hacer y soñar,
Te doy la riqueza de un himno de amor,
A ti juventud,
Primavera en flor,
Que rompes los moldes del viejo pensar,
Luz y salud.

JOSÉ GALVEZ.

M. A. Bakunin

Un esbozo biográfico

En Alemania. De la filosofía a la revolución.

No conocemos todos los detalles del proceso de la evolución de Bakunin durante su residencia en Alemania (Berlín y Dresde) hasta fines de 1842, pero los investigadores señalan que se desarrolló incandescentemente en la primera mitad de esa época en el sentido de un revolucionario consciente. Tres documentos constituyen las piedras angulares de su evolución, — el prefacio de Bakunin para su traducción de *Fünfg Gymnasialreden* de Hegel en los *Moskovskii Nablyudeni*, redactados por Belinski, vol. 16, 1838, — el artículo *O Philopoi*, I. en *Otechestvennyia Zapiski*, 1840, vol. 9, cuaderno II, cuya segunda parte, aunque escrita, no apareció, — y el artículo *Die Reaktion in Deutschland. Ein Fragment von Franzosen*, firmado *Jules Elysard*, en los *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* (Leipzig), 17-21 octubre de 1842. Mientras que en los dos primeros artículos se ve con asombro cómo se mueve un esclarecido espíritu con sagrada seriedad en el dominio de vacíos dogmas, que considera como la pura verdad, sin preocuparse de los fenómenos de la vida real, el famoso artículo de los *Deutschen Jahrbücher*, a pesar de su revestimiento filosófico, es un grito de batalla de la revolución en el más amplio sentido, incluida la revolución social, y termina con estas palabras: "¡Dejadnos, pues, confiar en el espíritu eterno, que sólo destruye y aniquila porque es la fuente inagotable y eterna de toda vida. El placer de la destrucción es al mismo tiempo un placer creador!"

Igualmente vemos cómo Bakunin, después de tres semestres de Universidad en Berlín, prefiere trasladarse a Dresde en la primavera de 1842, sin propósito ya de prepararse para su cátedra en Moscú, en el trato privado con Arnold Ruge, el centro de los hegelianos radicales, sino, — si puede decirse, — para entregarse a la espera de la revolución, en la que trabajaban entonces tantas fuerzas y que estaba próxima, como lo reveló el año 1848. Desde entonces se le abrió el mundo europeo, que había considerado con desprecio hasta entonces, en parte desde un punto de vista nacionalista-ruso, de que no se había librado, en parte desde las alturas ficticias del conocimiento filosófico presuntuoso. El socialismo tal como se desarrolló en Francia, fué presentado entonces por primera vez al público alemán lucidamente en el conocido libro del Dr. Lorenz Stein; el libro no ofreció nada nuevo, pero trazó una cómoda perspectiva en una multitud de tendencias socialistas y sus argumentos, e introdujo a Bakunin, como observa él mismo, en ese objeto, que le fascinó (1842).

En Berlín había visto, en 1840, a su hermana Bárbara, que regresaba de Italia y que había estado junto al lecho de muerte de Stankevitch; allí y en Dresde fueron un hermano menor e Iván Turgeniev sus más íntimos compañeros. Pero entonces rompió los lazos con Rusia y se lanzó a la emigración, al destierro, con completa conciencia. El gobierno ruso vigilaba su evolución radical y deseaba su vuelta desde Dresde a Rusia. A Bakunin no se le ocurrió doblegarse y se decidió rápidamente por un paso decisivo al dirigirse hacia Suiza, a Zurich, (enero de 1843), con el poeta revolucionario alemán más conocido de entonces. George Herwegh. Herwegh regresó a Zurich, un punto central de la propaganda literaria-política-revolucionaria destinada a Alemania, a donde también trasladó su actividad desde la Suiza francesa, al finalizar la primavera de 1843, Wilhelm Weitling, el comunista alemán. Bakunin vivió de cerca, durante su residencia en Zurich (16 de enero hasta comienzos de junio), la vida política del cantón de Zurich y tuvo ocasión de perder todas sus ilusiones político-republicanas, si las tenía aún. Por el contacto personal con Weitling echó una mirada también al comunismo, que apreció como un factor revolucionario general, pero que no pudo nunca ligarlo por completo, aunque entonces y en los años

siguientes, hasta 1848, tuvo amistosas relaciones en Suiza y en París con algunos comunistas alemanes y ocasionalmente se llamó también él mismo comunista (en una carta a Reinhold Solger, 14 de octubre de 1844; algunas cartas a éste, a Augusto Becker y a la señora Vogt, hasta 1847, hacen conocer más detalladamente esas condiciones).

Bakunin en Suiza.

Dos declaraciones suyas publicadas entonces son: *B. a R.* (Bakunin a Ruge, fechada Peterinsel en el lago de Biel, mayo de 1843) en *Deutsch-französische Jahrbücher* (París, 1844) y varios artículos, *Der Kommunismus*, en el *Schweizerischen Republikaner* (Zurich, 2, 6 y 13 de junio de 1843, firmados XXX). Yo creo que hay un artículo de Bakunin en 1843, inobservado. Un examen atento de esos escritos señalaría que Bakunin se conduce en las declaraciones que conocemos de él hasta entonces, — simpática, crítica y confiada con el socialismo; esos trabajos defendían una causa justa, tenían un objetivo infinitamente precioso, pero no podían en sí y por sí satisfacer las aspiraciones que presentaban las ideas y sistemas verdaderamente libertadoras de los hombres. Bakunin sentía instintivamente la falta de libertad y se cuidaba bien de aceptar completamente uno de esos sistemas.

Poco antes del arresto de Weitling se dirigió al este de Suiza y se detuvo en Ginebra y en Lausana y cerca de Nyon; finalmente hizo una excursión alpina a pié, que terminó en Berna, donde pasó el invierno hasta febrero de 1844. Esas residencias y viajes se explican por sus relaciones personales: en Zurich conoció a Augusto Toller, el hermano de la señora Vogt de Berna; en Berna había conocido a la señora Pescantini, una germano-rusa de Riga, que habitaba con su marido, un emigrado italiano, en Promenthoux, cerca de Nyon, y su constante amigo, el músico Adolph Reichel, de la Prusia oriental, a quien conoció en Dresde, había ido también a Ginebra, hizo con él y el comunista alemán August Becker, el viaje a los Alpes y quedó, como él, en Berna, para acompañarlo en febrero de 1844 a Bruselas. En ese tiempo comenzó su amistad con los hijos de la familia Vogt, el más joven de los cuales, Adolph, con Adolph Reichel, fueron los únicos que estuvieron treinta y seis años más tarde, nuevamente en Berna, junto a su lecho de muerte. Entonces tuvo lugar también una triste y desgraciada aventura amorosa, que es casi desconocida. Entre tanto, el puño de la policía suiza intervino en sus relaciones, cuando el consejero de Estado de Zurich, Bluntschli, hizo publicar su nombre en el informe oficial que contenía las cartas secuestradas a Weitling (21 de julio de 1843), con lo cual fué puesto en movimiento el aparato ruso de persecuciones, hasta que por fin, en febrero de 1844, Bakunin recibió orden del embajador ruso de regresar de inmediato a Rusia. Prefirió trasladarse a Bruselas.

En Bruselas. Las aspiraciones polacas.

Allí vivió los primeros polacos de la emigración y, como en todas partes, supo encontrar los hombres más distinguidos de los movimientos, y fué aceptado por ellos como una relación interesante; conoció de cerca a uno de los polacos más simpáticos de aquella época, el viejo Joaquín Lelewel, y vivió así las aspiraciones polacas en su forma más pura, pero también la más consecuente e inalterable, — la Polonia "histórica" de 1772, que abarcaba Lituania, la Pequeña Rusia y la Rusia Blanca. Frente a ella defendía él, como ruso y como demócrata e internacionalista, el derecho a la autonomía o a la independencia de los países no polacos dentro de aquellas fronteras "históricas", y así ocurrió. Inevitablemente, que, en toda su simpatía hacia los polacos, en todos sus esfuerzos para producir una cooperación, los polacos lo consideraron siempre como un obstáculo molesto que per-

turbaba hondamente sus planes, y no respondieron seriamente nunca a su sinceridad y a su solidaridad. Pero como ambas partes se consideraban recíprocamente como un factor revolucionario de cierto valor, la divergencia fué raramente declarada con franqueza; pero todos los ensayos de acciones comunes estaban destinados al fracaso. Además ocurría que, como es de comprender, el problema de la liberación y del reparto de la tierra a los campesinos, separaba a Bakunin del poderoso partido aristocrático polaco tanto como su extremo clericalismo.

Viaje a París. Ideas y relaciones de Bakunin.

Después de una corta visita a París, persuadió Bakunin a su amigo Reickel, con el que vivió la mayor parte del tiempo hasta 1847, a dirigirse, en julio de 1844, a la capital francesa, donde ambos se establecieron después. Bakunin concurre primeramente a los círculos radicales alemanes, al ambiente del semanario *Worwaerts* donde conoció a Marx y a Engels. Existían entonces incómodos conflictos entre Ruge, Marx y Engels, hasta que el ambiente alemán fué deshecho por las expulsiones y la suspensión del periódico. Bakunin no se interesó muy intensamente por el movimiento alemán, pero se relacionó con gusto con Herwegh y su mujer, con Karl Vogt, con algunos comunistas alemanes, en una palabra, con el círculo de los conocidos suizos de 1843-44. Conoció también socialistas franceses y personalidades políticas y literarias de toda suerte, sin que intimara particularmente con ninguno de ellos — con excepción de Proudhon, cuyas ideas y personalidad le atraerón, y el cual también testimoniaba interés hacia Bakunin. Vió al decabrista Nicolás Turgeniev y a muchos visitantes rusos de París, polacos, italianos y otros. Era una época en que veían la luz pública una enorme cantidad de ideas avanzadas, sin que ninguna de ellas consiguiera ponerse en primera línea, pues parecía que se aspiraba a una última y pura perfección junto al sistema burgués, bajo el cual, sin embargo, se oía rugir la revolución próxima. "Habíamos lle-

gado hasta el punto (hace decir Bakunin a un socialista francés, en 1876), de creer firmemente que asistíamos a los últimos días de la vieja civilización y que comenzaría el reino de la igualdad. Muy pocos resistieron el medio, en extremo caldeado, de París; en general bastaban dos meses de boulevard para transformar un liberal en un socialista".

A pesar de esa vida agitada e interesante de 1845, 46 y 47, Bakunin no se podía sentir a gusto y estaba más aislado que todos los demás y le faltaba un campo de actividad, un porvenir. Bien consideradas, las tendencias socialistas eran todas muy unilaterales, cada cual era hostil ante las otras y se limitaban, a causa de la ausencia de derecho de coacción y otra libertad pública de movimientos, a la vida artificial en los libros, periódicos y pequeños grupos. Si se sostiene que Bakunin no se adhirió a ninguna tendencia, es justo; pero cuando con eso se quiere concluir que entonces no era todavía socialista, según mi opinión se comete un gran error. Bakunin no encontró su socialismo en ninguna de las tendencias existentes y no había formulado sus ideas, tal vez, definitivamente, porque le faltó para ello un incentivo práctico, — por eso quisiera describir sus condiciones de entonces. Es imposible presentar a Bakunin como el discípulo de una determinada tendencia, como fourierista o catelista o marxista: el único del que podía tomar verdaderos elementos de su socialismo era, en aquella época, Proudhon. He anotado hace muchos años una advertencia de uno de sus compañeros italianos, a fines de la década 1860-70, según el cual Bakunin le había dicho que al leer un libro de Proudhon había llegado repentinamente a la idea: *eso es lo justo*. . . Puede ser que haya sido así; solamente Proudhon que entonces el propósito de dar realmente a la libertad su derecho, de abolir realmente el Estado y de no reconstruirlo en nuevas formas. Con eso se dió la conexión espiritual de ambos hombres, aunque los separase mucho el detalle. De algunos pasajes de sus cartas íntimas a Herwegh se deduce que Bakunin comprendía y comparaba las ideas básicas del anarquismo; es una casualidad el que no haya llegado a

declararlas públicamente, — su voz tan frescamente levantada en 1842 y 1843 había emudecido en absoluto (aparte de lo referente a los asuntos eslavos) y su trabajo sobre Feuerbach, cuyas ideas quería presentar en idioma francés, no fué realizado o se ha perdido.

La cuestión polaca.

En diciembre de 1844 dictó el emperador Nicolás, a propuesta del Senado, un ukase en que se declaraban perdidos todos los derechos civiles y nobiliarios de Bakunin, se confiscaba su posesión en Rusia y se le condenaba a deportación perpetua a Siberia si era detenido en Rusia; escribió al respecto una larga carta a la *Réforme* de París (27 de enero de 1845) que constituye su primera declaración libre sobre Rusia y que contiene ya algún elemento de sus diversos escritos posteriores. Su primera declaración sobre Polonia la contiene su carta a *Le Constitutionnel*, 19 de marzo de 1846, referente a las persecuciones rusas contra los católicos polacos. Trató (como cuenta en la "Confesión" de 1851) de entrar en relación conspirativa con la centralización polaca, cuya sede era Versailles, en lo cual su objetivo era la revolución rusa y la federación republicana de todos los países eslavos, la fundación de una república eslava, una e indivisible,

federativa desde el punto de vista administrativo, centralista, desde el punto de vista político (lo que significa la política exterior unitaria); pero no salió nada de las negociaciones, principalmente porque él, aparte de su buena voluntad, no tenía nada que ofrecer a los polacos. Antes del artículo de la *Réforme* le habían invitado los aristócratas polacos (el príncipe Adam Czartoryski), lo mismo que los demócratas polacos de Londres, y Wikiewicz trató de atraerlo hacia su círculo eslavo místico-federalista, pero se rehusó. Nuevamente se acercaron a él los jóvenes polacos fugitivos de Cracovia en 1846, y a ese ambiente correspondió la invitación para hablar en el mitin polaco del 29 de noviembre de 1847, en recuerdo de la insurrección de 1830.

Algunos meses antes, en el curso de 1847, había vuelto a ver a Herzen, a Belinski, y a otros amigos rusos en París, — un encuentro personalmente amistoso, aunque estos estuviesen muy lejos de sus esperas e impulsos de conspiración y de acción revolucionaria. No se sabe si conoció los esfuerzos del grupo de Petrashevsky y Spreschvef. Debíó comprender, pues, que en lo que concernía a Rusia, estaba completamente solo.

Max Nettlau

Evolución del movimiento obrero en Alemania Los localistas (1881-1897)

Durante el período de la ley contra los socialistas (1878-1890), el movimiento obrero halló modo de burlar las leyes coercitivas; entre los gremios que demostraron más vitalidad, es preciso nombrar a los de carpinteros y albañiles, en particular los albañiles de Berlín; a este último gremio se adhirió el constructor Gustav Kessler, procedente de la tendencia Jacoby, uno de los raros demócratas verdaderos de 1848 que en sus últimos tiempos al socialismo y perdió toda fé en la eficacia del parlamento. Los albañiles celebraron varios congresos nacionales durante la ley contra los socialistas: uno en Berlín en 1884, otro en Hannover en 1885, otro en Dresde en 1886; en el congreso de Hannover hubo 37 localidades representadas por 51 delegados en nombre de más de 10.000 obreros organizados; en el congreso de Dresde hubo 62 localidades presentes. En junio de 1884 apareció el primer número de *Der Bauhandwerker*, uno de los periódicos gremiales mejor redactados de aquella época; duró hasta 1896 y fué el exponente de la tendencia Kessler en la organización obrera; no obstante ser órgano de los albañiles, *Der Bauhandwerker* declaró desde su primer número que los intereses de los albañiles eran los mismos que los de todos los trabajadores sin distinción de oficio. Diversos otros gremios afines lo declararon pronto su órgano oficial, como los alfareros y los picapedreros. El congreso de los albañiles de 1884 resolvió recomendar la fundación de asociaciones locales para despertar el espíritu de los colegas a la conciencia de su humanidad y al sentimiento de su solidaridad. En 1885, los albañiles de Berlín, en número de más de 10.000, se declararon en huelga general en defensa de mejores condiciones de salarios. Fué principalmente la agitación de los albañiles la que hizo dictar al ministro del interior, Puttkamer, en abril de 1886, el ukase prohibitivo de las huelgas. Un mes más tarde, los albañiles quisieron declarar la huelga general, y entonces la policía expulsó de Berlín a los militantes más activos del movimiento, entre ellos a Kessler, redactor del *Bauhandwerker*. El órgano de los albañiles apareció en Braunschweig con otro nombre. Kessler fué acercando al partido socialdemócratico, pero conservó sus ideas sobre organización obrera; no creía en las ventajas de las uniones nacionales de oficio, que por lo demás estaban legalmente prohibidas, y en cambio tenía una gran confianza en las asambleas locales para decidir sobre todas las cuestiones, políticas o económicas. Las asambleas locales nombrarían sus comisionados, sus delegados y por intermedio de esos delegados se mantendrían relaciones con el resto de los

trabajadores de otros oficios o de otras localidades; de esa forma la iniciativa de las masas era más avivada que con las organizaciones firmes. La idea de Kessler respondía perfectamente a la situación creada por la ley contra los socialistas, pero para la socialdemocracia era un peligro, pues encarnaba el germen de una organización rival. Otra de las ideas de Kessler era que los sindicatos no pueden ser neutrales en política, que deben interesarse por todos los problemas de la vida real. Las organizaciones que Kessler deseaba fundar no tenían que depender de ningún poder central; podían administrar sus asuntos independientemente; no quería que las organizaciones locales recibieran órdenes ni prescripciones de nadie, como es el caso en las Uniones nacionales, centrales de oficio o de industria. "La organización local pudo adaptarse por completo a las condiciones locales, establecer sus estatutos por sí misma, determinar por completo independientemente el monto de las contribuciones que estime conveniente para sus fines" (Kessler, *Geschichte der Organisation der Sozialarbeiter*). . . . Combatió los estatutos únicos para organizaciones de las diversas regiones políticas y económicas de Alemania; en los organismos obreros políticamente neutrales de los socialdemócratas veía organizaciones que desviaban al proletariado del movimiento obrero consciente de sus fines. Claramente el punto de vista de Kessler estaba en contradicción con el del partido socialdemócrata mismo, pues de prosperar, el partido no habría tenido razón de ser.

El órgano de los albañiles fué suspendido varias veces, pero no tardó nunca mucho en reaparecer con otro nombre. La reacción causaba menos daño al movimiento que las disidencias internas; en Hamburgo se había formado un grupo de oposición a Kessler; después de infructuosas negociaciones para poner fin a la contienda, la fracción de Hamburgo se decidió por la fundación de una organización propia al caer la ley contra los socialistas; de los 33.000 albañiles organizados en 1890 sólo ingresaron en la nueva organización 9.000.

La lucha entre los localistas y los partidarios de la organización robusta fué continuada durante muchos años con una tenacidad incommovible; contra los localistas fueron empleadas todas las armas del arsenal de la calumnia; los numerosos jefes de la socialdemocracia, para los cuales, a juzgar por sus periódicos y por sus congresos, el Mayor enemigo ha sido el anarquismo, no tardaron en ver un fondo libertario en los localistas, no obstante declararles éstos celosos socialdemócratas.

He aquí como describen en 1913 los partidarios de la organización federativa y local esa lucha (*Freie Vereinigung deutscher Gewerkschaften*, por Fritz Kater, Berlín, 1913):

"Las federaciones centralistas fueron fundadas, pero al principio de la década 1890-1900 sólo pudieron ganar muy poco terreno. Junto a las organizaciones sindicales locales socialistas, los jefes más afamados del partido socialdemócrata estaban al principio contra las aspiraciones neutrales. Pero no duró mucho sin que los jefes políticos cayeran unos tras otros e hicieran la paz con los centralistas, políticamente neutrales. En cinco o seis años fué tan fuerte la influencia de los centralistas en el movimiento del partido socialdemócrata que todos los periódicos del partido, que en 1896 eran unos cuarenta, se pusieron de parte de ellos y combatieron en común los sindicatos socialistas, con todos los medios, incluso los más rastroso". Se puso a la moda, en los sindicatos políticamente neutrales, con los cuales no tardaron en aliarse íntimamente los jefes del partido socialdemócrata, la negación de solidaridad a los localistas. En donde éstos declaraban una huelga o entraban en conflicto con los capitalistas, quedaban entregados a sus propias fuerzas; ni de parte del partido socialdemócrata, a quien reconocían, ni de parte de las asociaciones centralistas recibían el menor apoyo.

Los magnates de la socialdemocracia se encontraron al salir del período de la ley contra los socialistas, no sólo con las ideas de Kessler sino también con una oposición llamada de los "jóvenes", iniciada de 1887 a 1888; ambas corrientes de oposición, la de Kessler y la de los jóvenes, se mantenían en el campo de la socialdemocracia y se consideraban legítimas defensoras de las ideas del partido a quien reconocían; los "jóvenes" fueron excluidos en 1891, en el congreso de Erfurt, y fundaron un partido propio con el anarquismo; uno de los mejores elementos fué Gustav Landauer; la tendencia representada por Kessler avanzó menos rápidamente en el terreno sindical, pero, sin embargo, tenía que culminar necesariamente en el anarquismo; era una evolución fatal. La lucha contra esas dos tendencias concentró las mejores fuerzas de los jefes del partido; pero si los jefes triunfaron materialmente, es decir, si consiguieron hacer prevalecer en el partido su punto de vista reformista, la historia ha venido a justificar la exactitud de los temores de la oposición sindical y política sobre el porvenir del socialismo en Alemania.

En la tendencia sindical de Kessler, sin embargo, no era lo más importante la forma de organización, de tendencias federativas marcadas y con más consideración de la iniciativa y de la acción de las masas mismas, sino el espíritu mucho más revolucionario que la animaba. El tanto que las organizaciones centralistas sólo aspiraban a engrasar el número de sus cotizantes, evitando para ello declararse oficialmente en pro de una o de otra tendencia política, las organizaciones de los localistas no quisieron consentir en ningún momento, por el hecho de ser organismos sindicales, en el abandono de las ideas socialistas; es decir, querían que los sindicatos fueran dotados de una idea final y no que se limitaran a los meros problemas del aumento de salario y de la reducción de la jornada.

Los jefes de la socialdemocracia no consideraban los sindicatos como organizaciones capaces de tomar parte en los asuntos políticos, en tanto que Kessler y sus amigos sostenían que los sindicatos no sólo debían ser una escuela del socialismo, sino un medio para difundir las ideas socialistas.

Los localistas querían una *lucha de clases* donde los centralistas sólo aspiraban a una *lucha por el salario*, a una *instauración de cajas de socorros*.

De 1895 a 1897 los centralistas acrecentaron sus fuerzas y pudo considerarse ya que los localistas habían perdido la probabilidad de hacer prevalecer su sistema de organización en toda Alemania. En 1897 los localistas resolvieron reunirse en congreso y dejar constituida una especie de confederación de las sociedades obreras locales.

Los localistas entraron en contacto con los "jóvenes", pero siempre como socialdemócratas. Los principales representantes de la oposición de los "jóvenes", ha-

blaron repetidas veces en los mítines y en las asambleas de los gremios localistas, como por ejemplo el zapatero Boginski en 1890 y 1891 en los carpinteros.

V. Abad de Santillan

BIBLIOGRAFIA

"Seis cartas de Korolenko a Lunatcharsky"

Estas cartas de Vladimiro Korolenko, fueron publicadas en una revista italiana, traducidas directamente del ruso por el prof. Héctor Lo Gatto, quien, desde hace años, viene estudiando la literatura eslava. Ha hecho excelentes versiones de las más famosas obras de la literatura rusa antigua y moderna, y muchos ensayos históricos, críticos y filosóficos. Además escribió una copiosa antología de todos los ciclos literarios empezando desde Lleskov a Dostoyevsky, y desde Blok hasta Alejo Tolstoy. Culminación de esta labor fué la creación en Roma de un Instituto de la Europa Oriental, el que se ha hecho el centro de los estudios de las literaturas eslavas.

Las cartas de Korolenko fueron dirigidas al comisario de Instrucción Pública, con motivo del viaje que hizo éste a las provincias meridionales, permaneciendo una corta temporada en Poltava. Copias de estas cartas fueron enviadas por un emisario de toda confianza al Instituto de la Europa Oriental, cuya versión hizo el señor Lo Gatto y que ha sido la primera que apareció en los países occidentales.

Pero mientras esas copias eran enviadas al extranjero, la revista *Sovremennia Zapiski* (Los anales contemporáneos) que se edita en París por un grupo de emigrados, la publicaba en sus páginas.

Estas cartas constituyen una requisitoria justiciera y despiadada contra el régimen bolcheviquil, y fueron la consecuencia de una promesa formulada por Korolenko a Lunatcharsky, durante la visita que le hizo en Poltava.

Esta visita del comisario de Instrucción al viejo y autorizado militante de los ideales sociales, se debió al plan del soviet para conquistarse los elementos de "inteligencia": es decir, el núcleo más importante de artistas y literatos.

Este plan de conquista consistía en una exhibición de marcada benevolencia en las épocas de mayor terror. Aunque el gobierno se hallase bien informado de la malquerencia y de la hostilidad que abrigan todos los escritores, provocada por sus desmanes, manifestaba ceremoniosamente el deseo de conocer las opiniones de cada uno y de todas para atesorar las críticas que se le pudiera hacer al régimen. Para esto, prometía la máxima libertad de pensamiento.

Entonces Lunatcharsky, al encontrarse con Korolenko, le pidió que expusiese su punto de vista acerca de la situación actual y sobre las cuestiones del momento.

A los ruegos insistentes del comisario no quiso oponer una negativa, pareciéndole que éste era el único medio para expresar con toda sinceridad su pensamiento respecto de los principales temas de la vida social — "aunque él hubiese podido pensar en contraposición al régimen", habría podido exponer sus opiniones personales, — según palabras del comisario.

La primera carta encara valientemente el asunto de los fusilamientos. Durante la permanencia de Lunatcharsky en Poltava fueron fusiladas cinco personas, entre las cuales se hallaban dos campesinos (Aronov y Mirkin) cuyos parientes se dirigieron al escritor para que intercediese en favor de ellos. Su intervención fué totalmente inútil. "Los desgraciados fueron suprimidos por orden administrativa", lo que equivalía a decir que se los inculpada de haber infringido los reglamentos sobre las requisiciones; los abastecimientos y el trabajo, etc.

Esto, a pesar que Korolenko, al interceder por los condenados, presentó a la comisión extraordinaria la copia de un documento extendido por un funcionario, quien afirmaba que, en los actos de Aronov y Mirkin, no se había encontrado transgresión alguna contra las leyes del soviet; y, también, el escritor era portador de una carta de los obreros que de-



LOCK-OUT

Dibujo de KARL ARNOLD



Y al escribirle a Lunatcharsky repetía la misma pregunta que ciento y más años la multitud le dirigiera a la Convención de París:

—Nosotros pedimos pan, y ustedes creen saciarnos con las ejecuciones diarias y en masa.

Ya finalizado con los casos concretos, Korolenko, en su segunda carta, entra de lleno a considerar las cuestiones generales, iniciando una crítica acre y densa de censuras al régimen bolchevique a la luz de la doctrina de Marx. En la tercera vuelve al asunto de los fusilamientos sumarios. Dice:

—La pena capital siguió aplicándose por decenas y centenas, y nuevamente mis memoriales llegan siempre tarde... Nunca hubiera podido imaginar que mis protestas contra la pena de muerte, comenzadas en la época que todavía dominaba el zar, deberían reducirse un día a los tímidos ruegos contra los fusilamientos sin proceso de jóvenes casi niños.

Y somete al "compañero" Lunatcharsky una serie de casos concretos, sobre cuyo fondo teje una proficua argumentación alrededor de las cuestiones generales. Korolenko demuestra con un análisis frío y minucioso de los acontecimientos a los cuales él asistió y que se desarrollaron durante la lucha del bolcheviquismo contra la organización burguesa, diciendo que esta lucha fué conducida en desdoro de la doctrina marxista, aplicando "simplísticamente" la fórmula "saquea lo que es fruto de saqueos".

De este modo se inauguraba el "novo ordo" con la completa destrucción del aparato productivo, creado por el orden capitalista. La lucha contra esta organización, desde el principio asumió los caracteres de un sitio a una fortaleza enemiga: era el eterno error y la ilusión eterna de que todos los daños infligidos a los sitiados resultasen en provecho de los sitiadores. Habían considerado que todas las destrucciones realizadas contra el sistema capitalista eran un triunfo y un éxito propio. Así se olvidaba que la victoria de la revolución social, para que sea efectiva, no consistía en destruir el aparato capitalista, sino en adueñarse de él y hacerlo trabajar y producir según métodos y principios nuevos.

Los bolcheviques al fin se dieron cuenta que estaban en un error, pero el mal se había ya hecho irreparable.

El pueblo encontró a su situación desesperada una fórmula breve y generalizadora. En Ucrania se había difundido una cantinela que decía más o menos así: Cuando gobernaba Nicolás el Estúpido, el pan valía cinco kopeks; ahora que gobiernan los inteligentísimos comunistas, no hay qué comer... También el ambiente obrero se percató del error fundamental del bolcheviquismo, y por ello se reprodujo un estado de alma favorable al socialismo. Contra esa predisposición de las masas fabriles al socialismo y al anarquismo, el soviét inició una reacción violentísima que tuvo en 1920 su culminación con el proceso de los jefes mencheviques.

En ese tiempo acaecía en Poltava lo que sucedía en todas las regiones de Rusia: la Checa realizaba detenciones en masa de los individuos que se les sospechaba la más leve simpatía hacia el mencheviquismo o el anarquismo, y para amedrentarlos, tomaba como rehén a los parientes de los prisioneros, amenazando ejecutarlos si éstos no desistían de sus ideas contrarias al soviét.

Entre los conocidos y los desterrados se hallaban numerosos revolucionarios cuyas hazañas y méritos eran conocidísimos y que fueron perseguidos durante el régimen del zar y después vueltos a encarcelar por el poder bolchevique.

En Poltava fué encarcelado un tipógrafo — Nawrotsky — cuya vida, dedicada al servicio del ideal socialista, estaba llena de hechos meritorios y empresas arriesgadísimas en defensa de la libertad en las épocas de más violenta reacción zarista.

Pues bien, la Checa lo deportó a él y a un hijo suyo, confinándolos a una de las provincias del norte: es decir, en las cercanías de Siberia.

Es evidente que la historia se repite. Los memoriales elevados por el escritor a los Soviets, no dieron ningún resultado. "Hace poco tiempo — agrega todavía — hasta se trató de fusilar a Nawrotsky por un discurso que pronunció contra las nuevas agresiones a la libertad de pensamiento en el ambiente obrero. Nada de

extraño tendría que estos funestos designios de la Checa se realizasen contra un viejo militante, solamente por pretender discrepar con los procedimientos jesuíticos de los dirigentes bolchevistas. Pero entonces se demarcaría luminosamente la línea divisoria y la diferencia que existe entre la Checa y las precedentes administraciones de la gendarmería zarista. Estas últimas no tenían el derecho de fusilar. La Checa, en cambio, tiene esta prerrogativa y se sirve de ella con una horrorosa libertad y una ligereza que es carapela la piel.

transourra la vida despotricando desde "su rincón", sobre el esfuerzo ajeno, sobre la labor, producto de hondos estudios, de vigillas y de amarguras y que, nosotros, guardemos silencio...

Sin aptitudes y con un estilo "administrativo", enmohecado de frases cliché, erizado de vulgaridades, este buen señor, semana tras semana se "despacha", una página de juicios críticos, ergoteando, dando palmas a quien no las merece, y castigando, poniendo en penitencia, a quien tampoco merecía una punición...

Protector de la literatura chirle, proxeneta, y amparador de la corrupción literaria que está inflicionando el país, presenta una especie de aduana artística, donde se rechaza lo bueno para otorgar salvoconducto a lo que es pésimo, o a lo que es sencillamente banal y anodino...

Al hojear el Suplemento de "La Razón", los ejemplos abundan.

Del libro "Versos de la Calle" por Alvaro Yunque, opina que los "cánones retóricos aconsejan el empleo de voces honestas y de pensamientos nobles en las composiciones literarias".

Y como el señor Sans no encuentra esas voces honestas y esos pensamientos nobles, en los poemas de Yunque, dice con mucho desparpajo, fresca e insólita ignorancia, que el libro mencionado "deja de merecer la atención de la crítica".

Rara vez se ha emitido un juicio tan inculco y zafio por un M. "Ne-comprendas" sobre una obra calificada de muy diferente manera por críticos que si la han discutido, no se han negado a comentarla. Pero, cómo y de qué modo escribe este espécimen de Monner Sanz y las vulgaridades que dispara como un fuego graneado de ametralladora... las remiemos al disparatario, donde encontrarán una colección bastante surtida... de "preciosidades"...

—De dónde vendrá la salvación? — se preguntaba Korolenko.

Bombos y palos: más pelos que bombos

Un asno metido a crítico literario.

Había una vez un asno... No, no era de un cuadrúpedo del cual hubiésemos querido hablar, sino de un insecto: Nos referimos al señor Ricardo Monner Sanz que oficia de crítico literario en "La Razón".

Es que cuenta la fábula que una vez, "en la noche de los tiempos y de la Historia", había una mosca sesuda e imbuida en estudios profundos.

Miraba a sus coetáneos con desdén, por la ignorancia que les estaban sumidos, y pretendía criticar la labor de otros animales que, quizás, estaban situados en un plano superior en la escala zoológica.

Naturalmente, constituía el terror de los seres que le eran inferiores... Con las pulgas y etc., demostraba una verdadera ferocidad...

Un buen día, paseando por el campo sus ocios eruditos, vio que unos bueyes uncidos a un arado, trazaban surcos irregulares...

Por lo menos a la sesuda mosca le pareció así...

Y para asegurarse, se caló las gafas... No había duda; esas bestias estaban realizando una tarea impropia y consecuentemente inútil...

Poseído del sagrado furor de los que han nacido "magister", en un vuelo raudó se colocó en uno de los cuernos del buey... Y ya cerca del oído empezó a gritar: "¡Por aquí, por allá... Aquí no... Ahora, si vas bien... Bravo!" Hasta que el buey, fastidiado y molesto por tanto "runruneo" y toda esa gritería, movió la oreja, le dió un paprotazo y así feneció la mosca erudita y crítica...

¿No creen ustedes que les hemos pintado un retrato que tiene bastante parecido con las actividades y la fisonomía del crítico literario Ricardo Monner Sanz?

Problemos que no estamos errados en nuestro juicio sobre esta entelequia hecho crítico y que no es calumnia la que lanzamos, con el deseo de mermar su fama literaria.

Porque no es posible que esté señor

DISPARATARIO.

Colección de barbaridades, de vulgaridades, potrerros comunes y otros disparates del crítico de "La Razón"; Ricardo Monner Sans: — Sobre

NOVELAS BREVES, P. O. M. Massey: "La señorita de compañía", tiene más malicia, y está lleno de picantes malentendidos que nunca pasan los límites de lo honesto... aunque el lector acostumbrado a tetras le evoque el recuerdo de un cuento...

Sobre QUERUBIN, por M. Acosta y Lara: — "La prosa de Acosta y Lara es ágil y honesta, aunque descuidada, su sencillez no es privativa de algunos giros elegantes que matizan de vez en vez los amenos capítulos de la obra".

CUENTOS SOBRE MOTIVOS DEL CÓRAGON, por A. Bazzini Barros: — "El cuento es una de las especies literarias de más difícil ejecución".

"el autor demuestra tener ciertas apreciables condiciones".

"Las ocho novelas cortas denuncian en su autor la posesión de estimables aptitudes".

"En suma "Juvenilla femenina" acusa en su autora estimables condiciones que merecen ser aprovechadas".

Si Víctor Hugo, levantándose de su tumba, cometiese por segunda vez la majadería de escribir versos o prosa y le enviase algunas de sus producciones a Monner Sanz, éste, posiblemente hallaría "que es una prosa ágil y honesta" y que el autor "posee estimables aptitudes" y "ciertas apreciables condiciones".

Y después de emitir juicio tan luminosamente banal y tan profundamente baldi, se quedaría orondo y tan fresco en su "rincón", satisfecho de saberse tan inteligente y tan... tan talentado...

